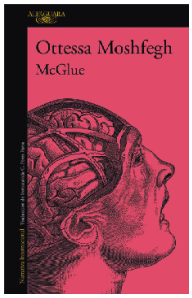
Grog

Lo último de Otessa Moshfegh se publicita como "un 'western' con piratas que huele a vómito, sangre, pólvora y whisky"



Otessa Moshfegh vuelve a ponernos en la piel de un maníaco homicida

Ottessa Moshfegh arrastra fama de oscura desde que dio el salto internacional con su segunda novela, *Mi nombre era Eileen* (2015). Dueña de un estilo incisivo, particularmente despiadado, irrumpió como se hacen estas cosas: generando incomodidad y repartiendo cabezazos. Ya en sus inicios se la acusaba de practicar una literatura feroz, de manejarse con la sutileza de una tuneladora. Y desde entonces no ha dejado de progresar. Últimamente, cierta fijación que ya parece irreversible por lo macabro, lo escatológico, le han valido calificativos como "depravada" y "obscena", que siempre ayudan.

Ahora Alfaguara recupera su debut, *McGlue*, que tampoco contribuirá a edulcorar esa trabajada imagen de chica mala. Desde la editorial destacan que estamos ante "una obra a medio camino entre un cuento de piratas y un *western*, que huele a vómito, sangre, pólvora y whisky". Y sí que hay algo ahí como de pesadilla *pulp*: un aire claustrofóbico, esa pegajosa invitación a la violencia… Moshfegh reproduce el delirio entrecortado y alcohólico de un homicida amnésico, un lobo de mar de voz epigónica (suena al Cormac McCarthy más fatalista y apocalíptico) pero que acaba resultando convincente.

La primera vez que lo vemos, McGlue asiste semi inconsciente a su propia detención. Tiene el cráneo roto, varios dientes menos y la camisa empapada en sangre. Los cargos contra él son graves, pero en ese momento se encuentra "demasiado borracho como para que me importe". No consigue recordar si, como aseguran los testigos, ha asesinado a su mejor, su único amigo, con quien mantiene una ambivalente y poco explicada relación.

McGlue es un perturbado que maneja como nadie los resortes del rencor y de la furia. No se arrepiente de nada y nunca mira hacia atrás. Pero ahora está encerrado en un infecto camarote que hace las veces de celda, luchando contra el síndrome de abstinencia -"soñaba con sumergir la cabeza en un barril de ginebra"–.

La sed, más que el remordimiento, termina por nublarle definitivamente el sentido. Y cuando por fin es capaz de sostener la pluma se decide, a instancias de su abogado, a contarlo todo, a poner sus cosas en orden. Toda esa introspección nos sirve para conocerlo un poco mejor, más allá de su permanente sonrisa, esa mueca desconfiada que gastan los malvados. Arranca así otra novela, el recuento elusivo, escapista, de una serie de truculencias y sordideces sólo insinuadas que explicarían la transformación de un niño desamparado y necesitado de afecto en el animalizado despojo que tenemos frente a nosotros.

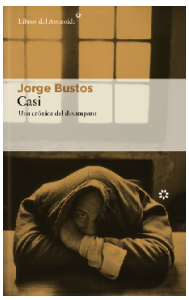
Miguel Artaza

Víctimas perfectas

Jorge Bustos ha escrito un sobresaliente reportaje sobre centros de acogida y personas sin hogar

Bustos mira "precisamente allí de donde es normal retirar la mirada"

En 2017 la Fundéu eligió 'aporofobia' como palabra del año. Se trataba de un neologismo bastante anterior, acuñado en 1995, pero todavía hoy el corrector ortográfico de mi ordenador no lo reconoce. El término alude al miedo o la hostilidad que nos provocan los pobres, los desamparados. Ese sentimiento, más extendido de lo que queremos creer, es en última instancia el motor de *Casi*, una crónica sobre el 'sinhogarismo' que Jorge Bustos acaba de publicar en Libros del Asteroide.



Al poco de mudarse a un barrio bien de Madrid, el periodista empezó a cruzarse por la calle con docenas de personas sin techo. Una presencia alarmante, por masiva, ante la que Bustos, como cualquiera, se pone en guardia: "No debo ocultar, aunque ahora me avergüence, el rechazo que sentía cuando para acceder a mi casa algunas noches tenía que saltar por encima de un indigente que había elegido mi portal para derrumbarse, completamente alcoholizado, un reguero de vino partiendo de su boca descolgada y bajando por sus andrajos hasta manchar la acera. No debo ocultar mi asco, porque de esa reacción amoral, instintiva y frecuente surgió la idea de este libro".

Bustos no tarda en descubrir cerca de allí el Centro de Asistencia San Isidro, el Casi, uno de los más antiguos de la capital, que ofrece alojamiento y comida a trescientas personas al día. Y se decide a dedicarle un poco de atención a esa parte invisible de la sociedad. Afronta la escritura de esta crónica movido por la recomendación de Strindberg acerca de "mirar precisamente allí de donde es normal retirar la mirada". Huyendo de las generalizaciones, yendo a lo concreto.

Alguno de los usuarios del Casi llegó a disfrutar de una vida acomodada. La mayoría no. Pero a todos la enfermedad mental, la adicción o la mala suerte los llevó a perder pie en la vida. Interesándose por ellos, rescatándoles de su aterrador anonimato, Bustos les ofrece una mínima restitución: "Cuando se conoce la historia de aquel indigente desastrado que zigzaguea por nuestra calle descubrimos con espanto que podríamos ser nosotros".

De aquella punzada aporofóbica que originalmente experimentara el autor nace este magistral reportaje, un trabajo periodístico de primer orden, de esos que dignifican la profesión. Casi es un libro conmovedor en el buen sentido de la palabra del que uno sale con la sensación de ser un poco mejor de lo que entró.

M. A.